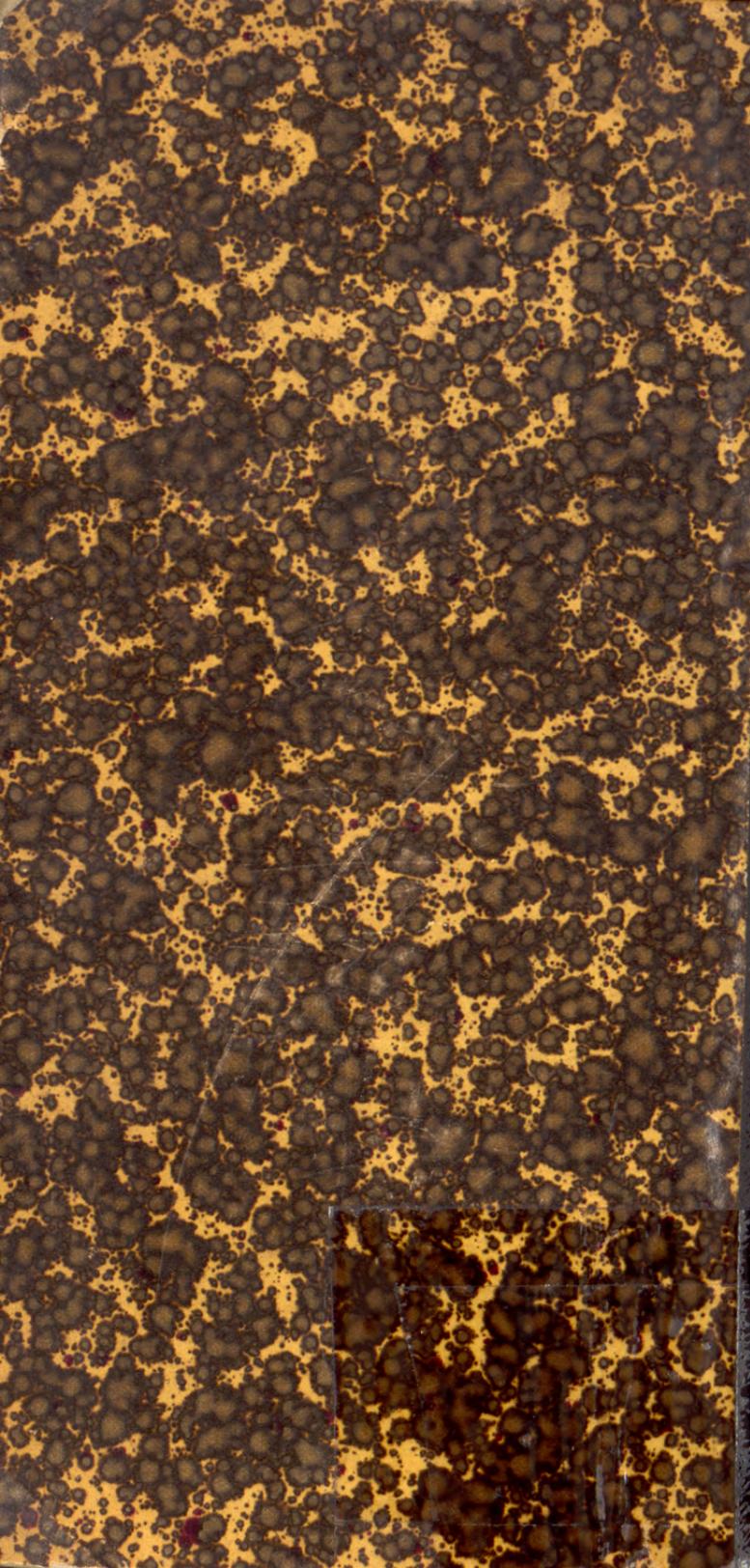
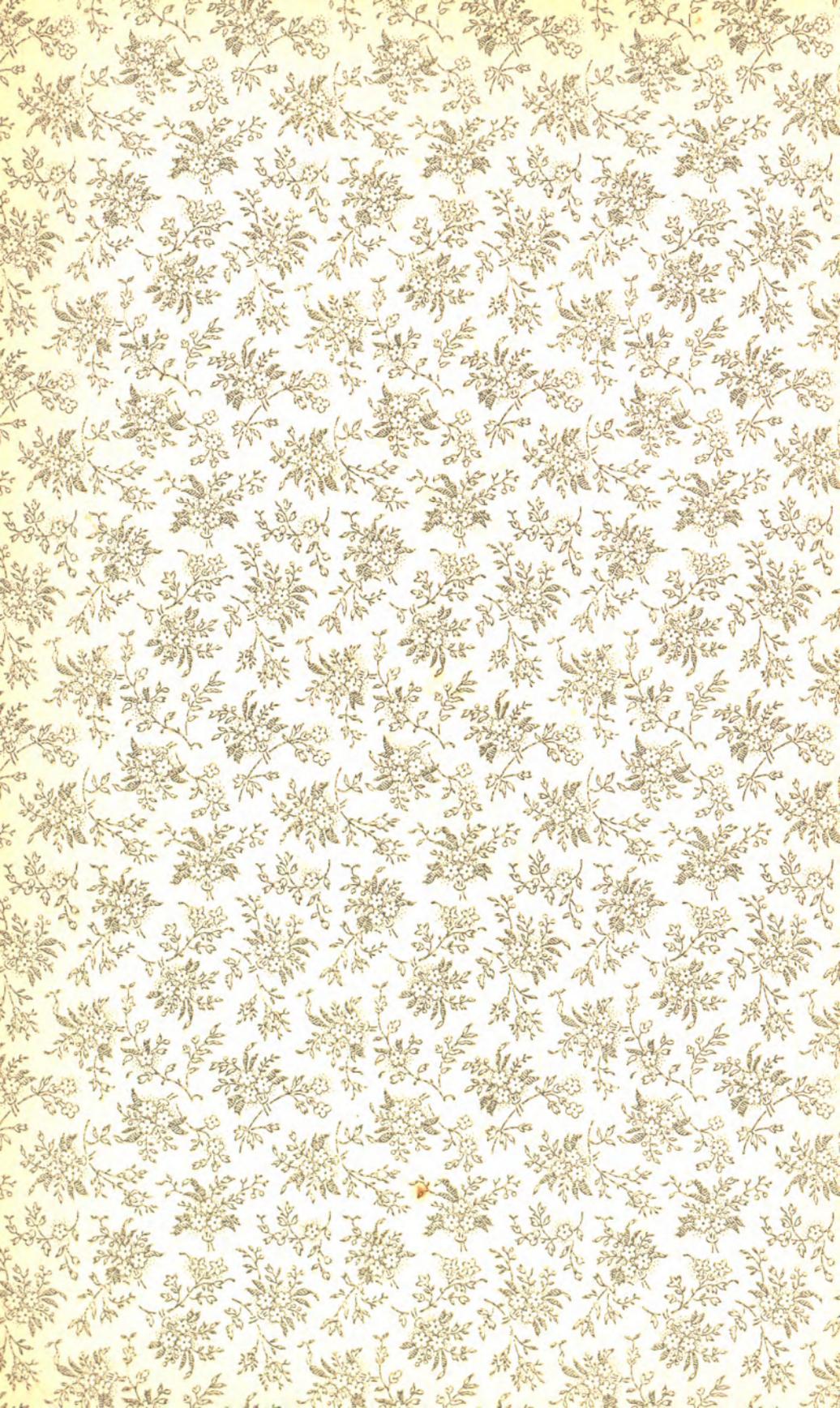


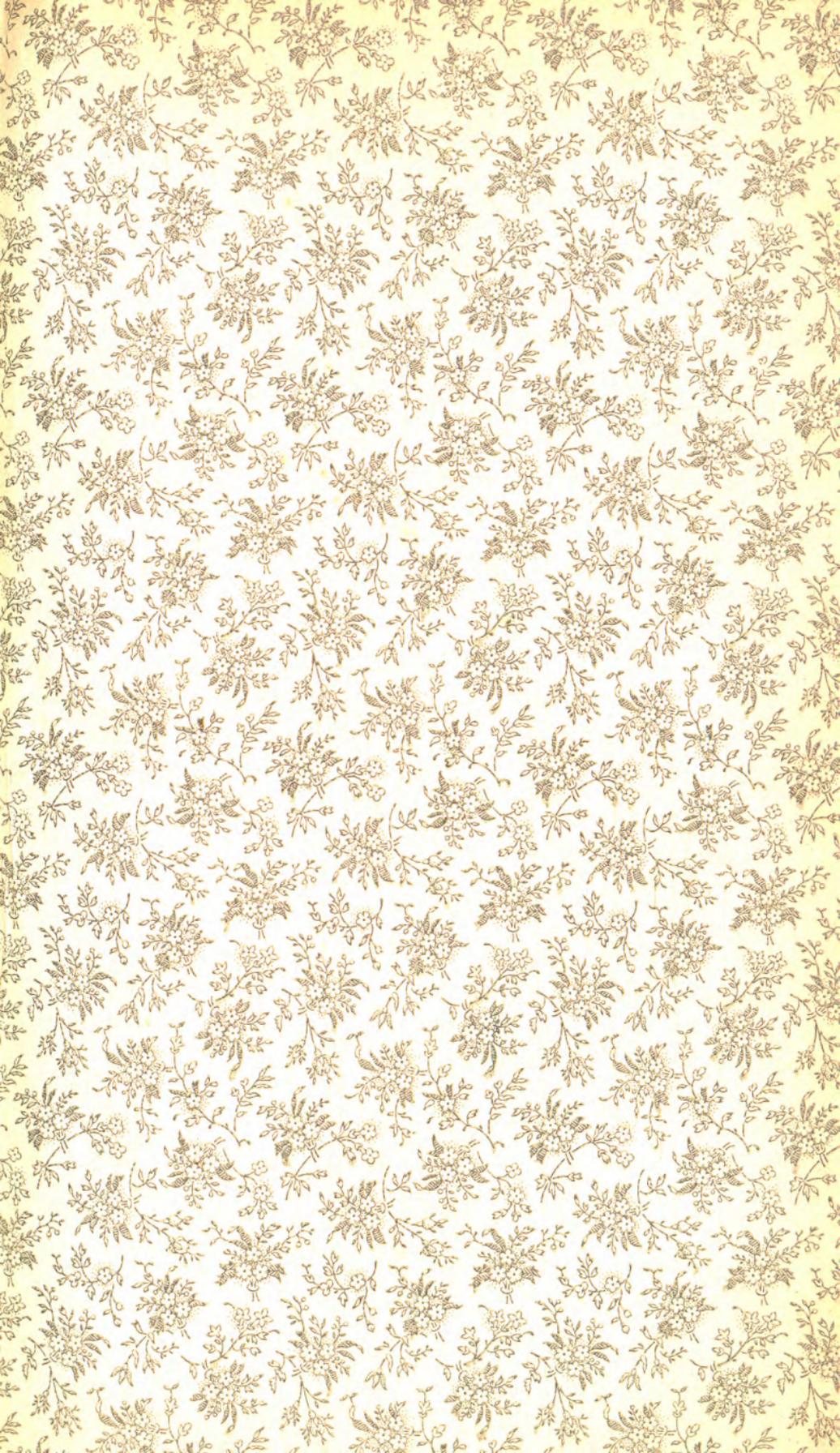


PI Y MOLIST  
—  
PRIMORES  
DEL  
DON QUIJOTE

61519







A-1474



R.  
51128

*Medina*

PRIMORES DEL DON QUIJOTE

EN EL CONCEPTO MÉDICO-PSICOLÓGICO.

Casals

10,000 pts

PRIMORES

DEL

# DON QUIJOTE

EN EL CONCEPTO MÉDICO-PSICOLÓGICO

Y

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA LOCURA

PARA UN NUEVO COMENTARIO DE LA INMORTAL NOVELA,

por el

**Dr. D. Emilio Pi y Molist,**

MÉDICO DIRECTOR DEL MANICOMIO DE LA SANTA CRUZ,  
INDIVIDUO DE NÚMERO DE LAS  
REALES ACADEMIAS DE MEDICINA Y CIRUGÍA, Y DE BUENAS  
LETRAS, DE BARCELONA, Y CORRESPONDIENTE  
DE LA SOCIEDAD  
MÉDICO-PSICOLÓGICA DE PARÍS

BARCELONA.

IMPRENTA BARCELONESA

calle de las Tapias, núm. 4.

—  
1886.

---

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

---

Á LA MEMORIA DE MIS PADRES.

*Emilio.*

Regards de la by exception  
M. Dr. Bond

Prezzi a L. Antonio  
Pierro

## INTRODUCCIÓN.

---

*L'on trouve dans Don Quichotte une description admirable de la monomanie qui régna presque dans toute l'Europe, à la suite des Croisades.*

ESQUIROL, *Des maladies mentales*, tomo II, pág. 28.

---

Á pesar de tantos comentarios como se han escrito sobre aquel libro (el *Don Quijote*), el libro está todavía por comentar: aun no se sabe de él todo lo que puede saberse.....

De éstos y como éstos hay muchos sucesos en el *Quijote* que han pasado por alto los comentaristas, dejando sin ilustrar quizás los más importantes de aquel libro.

CASTRO (Excmo. é Ilmo. Sr. D. Adolfo de). *Varias obras inéditas de Cervantes*, páginas 129 y 197.

El primer móvil de este trabajo fué una invitación, sobrado lisonjera para mí, de un amigo tan querido como respetable. El catedrático numerario de Retórica y Poética en el Instituto provincial de Barcelona, señor D. Clemente Cortejón, presbítero, cuya generosidad me ha agasajado más de una vez con presentes literarios de mucha estima, al hacerme el de un ejemplar de las *Bellezas de Medicina práctica descubiertas por D. Antonio Hernández Morejón en el Ingenioso Caballero D. Quijote de la Mancha*, compuesto por Miguel Cervantes Saavedra \*, me pidió que le manifestase, á lo menos escribiéndole una carta sencilla y la-

\* Madrid, 1836, en 8.º— 25 páginas.

cónica, lo que me pareciese, no sólo sobre este folleto, sino principalmente sobre la materia de que trata.

A no dudarlo, uno de los lazos que más han afirmado nuestra amistad es la afición y el amor que ambos tenemos á Cervantes y sus obras, y muy especialmente, como se deja suponer, á su obra maestra, el *Don Quijote*; de manera que, en el sentido discreto en que ha de entenderse la denominación de pertenencia á una parcialidad literaria que los aficionados y amadores del insigne ingenio honrosamente se aplican, bien podemos los dos llamarnos *cervantistas*. Él, sin embargo, me lleva una ventaja, entre otras muchas, y es, que no encierra su noble afecto dentro de los límites de lo puramente ideal, y casi diré contemplativo, antes lo suelta y dilata por el vasto espacio de la realidad visible, pues con diligencia y ahinco de ferviente bibliófilo, y no sin dispendio mayor del que puede presuponerse sobre la depreciación del buen papel literario en la plaza, donde apenas si se cotiza, ha juntado hasta doscientos ejemplares de otras tantas ediciones del *Don Quijote*, nacionales y extranjeras, económicas y lujosas, cuáles enriquecidas por la erudición, cuáles ornamentadas por el buril y el pincel, y estimable alguna como bizarro alarde del arte tipográfica. A esta colección, ya muy notable, y cuyo interés nadie desconocerá, le va poniendo la casi forzosa añadidura ó apéndice de cuantos comentarios, glosas, esclarecimientos, juicios críticos y disquisiciones de todo género, entre los innumerables dados á la estampa sobre la inmortal novela, puede haber á las manos en su incesante perquirir curiosidades bibliográficas, dado que su inteligencia y buen gusto los reputen dignos del asunto, y, por tanto, de ser admitidos en esta librería especial, instructiva, preciosa, y que, con relación á la otra, es, hablando á lo vulgar, miel sobre hojuelas.

No se menoscaba, en verdad, el mérito de su empresa

comparándola con la de D. Leopoldo Rius y Llorellas, que, con ímprobo trabajo, cuantiosos desembolsos y un amor que todavía prevalece sobre su perseverancia y desprendimiento, ha reunido en largos años la colección quizá más numerosa que haya en el mundo, de ediciones del *Don Quijote*, en su lengua original y sin duda en casi todas las que se escriben: verdadero monumento á la memoria de Cervantes; exquisita joya literaria que por cierto no es la menor riqueza que encierra Barcelona en su recinto; asombro y codicia de tantos literatos nacionales y extranjeros como se han deleitado examinándola; colección, en fin, que no se ha de encarecer cuánto honra la iniciativa particular, porque á buen seguro se envanecería de poseerla el gobierno de la nación más culta é ilustrada.

Aliento de vigoroso espíritu es el de seguir las huellas de este infatigable coleccionista, que ya lleva á todos una inmensa delantera; mas no dude el Sr. Cortesón de que, sea cual fuere el término á que pueda llegar en su nobilísimo empeño, nadie le disputará la gloria de haberlo intentado, ni dejará de aplicarle aquella frase de alabanza implícita con que el voto público excusa á los que denodadamente acometen una empresa muy difícil ó de realización casi imposible: *satis est voluisse*.

Como, además, mi amigo en sus estudios, actos académicos y conversaciones familiares, de cualquier hecho, noticia ó palabra pertinente, y aun de toda ocasión toma pie, ahora para discurrir sobre el *Don Quijote*, ahora para procurar con sus razonamientos que los interlocutores, entrando en la materia que parece proponerles, departan y discutan con él sobre éste que bien parece su tema favorito; no es de extrañar que las breves, pero curiosas, páginas de Hernández Morejón le sugiriesen el propósito de pedirme dictamen acerca de su contenido, ó mejor de invitarme á escribir cuatro carillas sobre la peregrina locura del Hidalgo manche-

go: en cuya insinuación estuvo conmigo persuasivo y galante por demás, haciéndola en términos que, si los pedía su buen deseo, excusábalos la escasa representación de mi persona.

A su solicitud, repetida una y otra vez, dí en todas evasiva respuesta; porque, si bien confieso que desde el primer momento me sentí inclinado á complacerle, como lo merece siempre mi obsequioso amigo, no me avine por el pronto á contraer una deuda, pues, teniendo fundadas dudas de que, ni aun redondéando mis negocios, pudiese ser buen pagador en largo tiempo, doliéronme las prendas, y por prudencia persistí, si se me tolera la expresión, en guardar el bulto. Mas, si va á decir verdad, el estímulo con tanta delicadeza metido en mi entendimiento, bastante bien dispuesto, por otra parte, produjo sin tardanza su natural efecto; en cuya razón, de indeciso pasé á determinado, y, por favorable coyuntura, hallándome *procul negotiis*, á los pocos días, en un establecimiento balneario, tuve respiro sobrado en las horas muertas de una cura termal y en los paseos solitarios, propicios al discurso, por campos y bosques, con cuyo ambiente procuraba hacerla más eficaz; cobrando aliento con el descanso, pude trazar en mi magín la minuta de una breve epístola, que, si no llenase la esperanza de mi amigo, le convenciese, cuando menos, de que me animaba un deseo vivísimo de corresponder á la invitación con que me había honrado y distinguido.

Cogí luego la pluma; borroneé algunas cuartillas; tras éstas, otras; á medida que iba escribiendo, veía ensancharse más y más el asunto; mirábalo por uno de sus lados, y, como si él diese vueltas sobre un eje, iba presentándome nuevos aspectos, de que ya entonces no podía yo apartar los ojos; agolpábanse ideas en mi entendimiento, y no era dueño de elegir entre ellas, porque todas á una me requerían y señoreaban; y, con tal apremio y en tal conflicto, no daba paz á la mano; y

crecía el número de garabateadas cuartillas; y á tanto llegó, mayormente después de mi regreso al hogar doméstico, que muy pronto eché de ver que el borrador, que comenzó en carta, acababa por transformarse en el libro que hoy ofrezco, sacado en limpio de letra, si no de faltas: por donde se demuestra cuán previsora fué mi reserva, pues si con él vengo á saldar mi cuenta, aunque sólo de honra, al fin no es con la clase de papel pedida, ni quizás dentro del plazo legal por la consuetud prefijado.

Lo que á mi buen amigo indujo principalmente á invitarme hubo de ser la creencia de que, por mi casi ingénita afición al *Don Quijote* y los estudios médicos especiales que mi cargo oficial supone, hallaríame yo en aptitud de juzgar, acaso mejor que otros, — y pase por suposición, — esta novela, tocante al pensamiento secundario con que se realizó el primario de ella, pero, en realidad, tan esencial como éste, pues entrambos son iguales por su origen, y tan conformes en su acción, que no parecen sino gemelos, á un tiempo concebidos y alumbrados por la fantasía de Cervantes; que vivieron para en uno, y recíprocamente se completaron; advirtiéndose, además, que, sin la cooperación ó ayuda del segundo, habría muerto en flor el primero, ó no hecho cosa que de contar fuese. Declarado queda que aludo á la locura, que es el accidente necesario y el carácter específico de la invención, pues lo que fué Don Quijote, lo fué por loco; por loco hizo lo que hizo; y su historia, sólo por serlo de un loco, produjo el inmenso bien literario y aun social que todos sabemos. Con razón se ha reparado que «Cervantes no fingió toda la vida de Don Quixote, sino únicamente aquella parte de ella relativa á su locura, que es la única acción de la fábula\*.» De suerte que sobre todas las consideraciones, con ser infinitas, á que da

\* Ríos (D. Vicente de de los). *Análisis del Quixote*, párrafo 17.

asunto este profundo libro, descuella y predomina la hasta ahora casi desatendida de la locura del Hidalgo.

Como los niños se destetan con papilla, así yo, por feliz casualidad, sin consejo ajeno, sin deliberación propia, de que entonces era incapaz, casi por instinto, tomé mi primer alimento literario en el *Don Quijote*... ¡Ay, que aquellos tiempos me parecen ahora prehistóricos! En tal manera me engolosiné con él, que todavía recuerdo con cuánto anhelo acudía á mi refacción cotidiana, la cual solía tomar de mañanita, á modo de desayuno, que me confortaba para ir á la escuela, no sin que algunas veces llevase conmigo el libro para leerle á hurto, con desaire del gramático Ballot, del historiador Duchesne y del doctrinero Ripalda, abriéndole por debajo de la mesa de escribir, con el cauteloso cuidado de que ésta le ocultase á las miradas vigilantes y escudriñadoras del maestro. Lo que entonces más satisfacía mi apetito, y con lo que más me saboreaba, harto se deja presumir: eran los tumbos del héroe, las palizas del escudero, las pedradas de los galeotes, la dispersión de la bojiganga, la rota de los títeres, el rebuznar de los ojeadores del asno que hallaron muerto, y otros acaecimientos del mismo jaez. Ya mayorcito, empecé á tomar gusto á la historia entera, incluso los pasajes más serenos y apacibles; y, grandote, sentí no sé qué asomos de enamoramiento de su forma, y tuve á Cervantes por hombre que ponía bien la pluma (!). Adolescente apenas, logré leer una recién publicada edición de la novela con innumerables notas; y aquello fué dar con un buscapié, más luminoso para mí, que ha sido luego para todo el mundo el tan manoseado cuya paternidad quieren atribuir, con razón ó sin ella, al mismo Cervantes los buscones de genealogías literarias. Mayores estudios; la lectura de algún otro clásico castellano y de tal cual libro que del *Don Quijote* trataba; advertencias, consejos y enseñanzas de personas entendidas, entre ellas mi señor padre, — que

buen siglo haya, — la meditación á que llevan los años, y la reflexión que despiertan, fueron paso entre paso poniéndome en estado de conocer muchas bellezas de la novela, admirar lo ingenioso de su traza, medir la trascendencia de su pensamiento, regocijarme con el voto universal que la calificaba de sin par en su género, y henchirme de orgullo al entender que era una gloria de las letras patrias, por la que nos tenían envidia las más sabias naciones extranjeras. En aquella edad en que la sangre bulle, los afectos arden, las pasiones arrebatan, y ningún ímpetu se contiene, mi veneración á Cervantes rayaba en culto. Interminable fuera el referir punto por punto mi progresiva afición á este libro, por lo que en él han visto mis ojos desnudos, que es lo menos, y armados de lentes que he pedido á otros, y es lo más; afición que me doy á entender continuará creciendo todavía con mis años, aunque ya son bien poco crecederos; y, si Dios es servido de guardarme mi juicio, como la tomé en el capillo, dejarla he con la mortaja; haciendo así verdadero lo que dijo el bachiller Sansón Carrasco acerca del gusto que tomaban las gentes de toda edad á esta incomparable historia, pues niño la manoseé, mozo la leí, entendíla hombre, y la celebro viejo.

Para acabar de encarecer mi afición con una alegoría, que, no obstante, tiene más de lo literal que de lo figurado, el *Don Quijote* es el presidente de la sección de Literatura de mi librería; mi maestro predilecto de lenguaje y estilo, y modelo del buen gusto; amigo siempre abierto, nunca remiso en servirme y complacerme; compañero inseparable de mis viajes, cuya asistencia enardece en mi pecho el amor de la patria en razón directa de su lejanía; alivio de mis pesadumbres; lenitivo de mis dolores; antídoto infalible de cierto virus de extranjía, tan insidioso como maligno, que corrompe la codiciada belleza del habla castellana; corroborante grato y eficaz en mis no infrecuentes

convalecencias; y, en resolución, alegría de mi casa, porque mi mujer es tan aficionada como yo mismo, y muy amiga del Caballero, con gran contentamiento y hasta orgullo mío; y el escudero parece haberle robado el alma; de tal modo, que apenas se mueve entre nosotros conversación festiva, con cuyas ocurrencias no alternen los ecos de los siempre regocijados y decentes donaires de entrambos personajes.

Hasta aquí, mi afecto al *Don Quijote*: ahora, mi presunta idoneidad para tratar de él en cierto sentido.

Oyendo estaba Medicina, cuando, entre los artículos de la *Historia bibliográfica de la Medicina española* \* por el mismo Hernández Morejón, los cuales tienen respectivamente por título el nombre del Médico cuyas obras se enumeran y analizan, leí uno encabezado así: ¡*Miguel de Cervantes Saavedra!*, y era el que seis años antes debió de sacarse, como por desglose, del original manuscrito, y hacerse de él una tirada, á la que pertenece el ejemplar del Sr. Cortejón. Este descubrimiento fué el vivo resplandor en que se convirtió cierta claridad que yo distinguía ya de una manera vaga. Mi amor á la novela subió de punto, y los impetuosos movimientos de aquella edad pusieronlo al delirio. ¡Cervantes, médico! ¡Cervantes, alienista! ¡Don Quijote, retrato de un loco verdadero, sacado por una fantasía de artista á la luz de un entendimiento de científico! ¡Oh!, á mi juicio, este nuevo primor dejaba en zaga y oscurecía todos los demás de la obra. Andando el tiempo, fué moderándose mi arrebato, sin menoscabo del cariño á Cervantes y á su libro; y hoy, viendo el folleto ó artículo de Hernández Morejón, sólo siento la complacencia tranquila que causa el contemplar la afanosa solicitud con que el patriotismo lleva al último término la alabanza de un escritor nacional, y hasta el noble espíritu que alienta

\* Madrid, 1842.

en sus exageraciones, y como que las abona y autoriza.

Dígolo así, porque desde entonces no había vuelto á leer el encomiástico artículo, y ahora, segun se verá en otra parte, lo juzgo, sin disputarle su mérito, no ya con la vehemencia de la pasión juvenil, sino con la frialdad de la razón proveya y reposada. Sin embargo, la idea capital de aquel escrito quedóme impresa en la memoria, y ha sido constantemente para mí como un programa del certamen perpetuo que, por asenso común y tácito, parecen tener abierto los eruditos del mundo entero, para contribuir ellos mismos, y estimular á todos los ingenios á la dilucidación del *Don Quijote*, en los diversos respectos en que puede recibirla sin violencia este libro, que tanto presta para el discreto comentario. Pronto coincidencias en extremo favorables, preparadas quizás por mi harto precoz afición á la Medicina psicológica, eleváronme al susodicho cargo oficial, cuyo desempeño, sobre obligar á prolijos estudios teóricos, da materia abundosa para los prácticos: y, ya metido de lleno en ellos, y á la larga escrito para mi uso el libro, bueno ó malo, que, año tras año, va componiendo cada cual en su mente con la especulación y experiencia del ramo científico, literario ó artístico que cultiva; acaso jamás habré puesto los ojos en el *Don Quijote* sin compulsar maquinalmente con las páginas de aquel inédito libro las que en éste dicen relación con la locura, ni sin pasmarme de la perspicacia de Cervantes en conocerla, y de su exactitud, amén de su gracia, en describirla como al desgaire y sin quererlo, con el artificio de sucesos romancescos, propios sólo, al parecer, para interesar á lectores ganosos de entretenimiento apacible y frívolo. No una, cien veces, teniendo delante la en este concepto tan preciosa novela, sentíme inclinado á tomar la pluma y hacer apuntes para la historia frenopática del Hidalgo; pero ¡qué! en todas ellas la magnitud del asunto me arredraba, obligacio-

nes perentorias me distraían, flojedad de ánimo me embargaba, y acaso más que todo esto me retraía cierto temor muy semejante al que paraliza la mano respetosa cuando va á tocar un objeto de general veneración; por manera que, nadie lo dude, sin el excitativo enérgico que mi solícito amigo supo propinarme con indecible oportunidad, mi afecto á la ingeniosa novela, aunque vehemente, como siempre, no habría ido nunca más allá de la contemplación lánguida y estéril del amor platónico.

Decidido, pues, á poner en obra un ensayo de interpretación ó comentario médico-psicológico del *Don Quijote*, todavía me incitó más á ello el precedente de que, fuera de Hernández Morejón, sólo dos escritores nacionales, según entiendo, lo intentaron con loable deseo, aunque no con el buen éxito, á mi juicio, que habrían obtenido, si á su erudición notoria hubiesen juntado la idoneidad científica. Y no se crea que yo la niegue, en absoluto, á quien carece del diploma profesional que la supone, porque no son hoy día las verdades científicas como en lo antiguo los misterios de Eleusis, ni la ciencia patrimonio exclusivo de nadie: escritos recuerdo ahora de un autor extranjero, que no parecen sino de un médico consumado, y no lo es, si bien con muchos de fama alterna y controvierte en periódicos, en libros y en academias. Con todo eso, á nadie se oculta que para fallar en cuestiones de ciencia, al que la profesa da una superioridad indisputable el voto del público, cuanto más el de los doctos. A tiro de ballesta se ve que no son alienistas, ni siquiera médicos, D. Nicolás Díaz de Benjumea ni D. Francisco María Tubino. Para mí tengo que el primero se forja una teoría sobre el delirio de Don Quijote, en la que gallardea el sentido estético y la presunción de hallar el recóndito de todo pensamiento de Cervantes, aun del más claro, sencillo, trivial y menos necesitado de explicación ó comentario; y que la Psicología patológica en que

pretende apoyar aserciones que más bien parece traer aparejadas y resueltas de antemano, es suya exclusiva, y en balde se la buscará en los libros, ni se preguntará por ella á la experiencia, pues de puro sutil se pierde de vista. Del segundo, me complazco en reconocer que camina sobre el terreno firme de los médicos psicólogos á quienes sigue, pero tal vez tropieza en quiebras, ó se enreda en malezas, y también toma alguna senda, que, si bien derecha y trillada, no le lleva á donde ir se proponía; y, esto no obstante, mucho más da en el hito con sus vacilaciones de discípulo que el otro con sus afirmativas rotundas de maestro.

El pensamiento primario del *Don Quijote es derribar la máquina mal fundada de los caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos más;* sobre el cual no dejan duda las categóricas y repetidas declaraciones del autor, que, sin embargo, al realizarlo, le dió una extensión y alcance extraordinarios, acaso fuera de su deliberación y propósito; no entendiéndose esto último, como ya supondrá toda persona instruida, con la corrección de ciertas preocupaciones, abusos y vicios populares, y aun de algunos defectos literarios generales de su tiempo, que hizo muy de caso pensado con el fingimiento de sucesos que á primera vista parecen no traspasar los límites de una pura fábula. En dicha extensión y alcance precisamente se fundan el mérito singular de esta obra, su aceptación universal, y el interés siempre creciente que excita aún en nuestros días, cuando ha pasado, tres centurias hace, su oportunidad, y de la literatura que combatió y venció no quedan ya sino memorias históricas, quizás menos atractivas ó apreciables, en el orden doctrinal, que las del lirismo bucólico de la época clásica y las del culteranismo que distinguió á la sucesiva por la corrupción del buen gusto. Sobre dicha extensión y alcance, que han puesto en las alturas de los mayores ingenios el de Cervantes, se ha fantaseado tanto, como desva-

riaba el mismo Caballero en punto á su destino en la tierra y á la necesidad que ella tenía del valor de su pecho y del esfuerzo de su brazo; pero también, por fortuna, se ha escrito con buen seso y mucha luz de crítica cuanto era menester para dar, sin discrepancia de nadie, á la original novela el primer lugar entre todas las de su género; otorgarle la ejecutoria de la inmortalidad; y ensalzar á su autor con una apoteosis sin recuerdos de sangre, justamente reparadora, duradera y nada impía, como no la obtuvo ni el más preclaro y glorioso de los antiguos Césares.

Yo bien sé que, á través de la sobrehoz, lisa y tersa, de la narración cervantina, videntes, que se pasan de agudos, han descubierto, aunque no logrado poner en crédito entre los críticos de autoridad, por más que sean fervientes admiradores del *Don Quijote*, una que llaman doctrina *esotérica*; pero sin penetrar en sus oscuras profundidades, puede afirmarse de este libro, conforme al dictamen unánime de los peritos, que sobre su invención primaria prevalece otra, que naturalmente de ella toma origen: invención grandiosa y trascendental, que, en su concepto más sublime, es un canto épico de amor á la belleza, á la verdad y á la justicia en su incesante batallar con la fealdad, el error y la sinrazón; que magnifica la lucha con el ardimiento indomable, la temeridad generosa y el sacrificio heroico, y la enaltece con la mayor firmeza y constancia; que desenvuelve su acción sobre la ancha base de la vida y costumbres de un pueblo noble, altivo, valeroso y benéfico, á fuer de cristiano; que con tales cualidades hace del libro la novela psicológica por excelencia, nuevo aliciente para los que corren desalados tras las de este género, hoy en moda, digno á la verdad de cultivo, consideración y aplauso; y, finalmente, que está ataviado con las más graciosas y ricas galas del bien decir, y embellecido con un estilo de claridad y llaneza encantadoras. Por esto el Caballero de la Mancha lo es ya

del mundo entero; y doquier asiste como dotado del don de ubicuidad; y su historia es el libro de todos los hombres y de todos los tiempos.

Por fortuna, para desempeñar mi cometido, no he menester Musa que me lleve á vuelo por las esferas empíreas de la poesía, pues con ir por mis pies detrás de Don Quijote á sus aventuras, y tomar nota de lo que piensa é intenta, dice y hace, desea y espera, encomia y desalaba, sueña y acierta, y reproducirlo á la letra, tendré materia bastante para explicaciones y comentarios sobre su estado frenopático, que, hablando en puridad, es lo único que para mi propósito importa conocer, y en lo que yo puedo entrometerme con alguna confianza de no dejar mal asentada del todo mi baza. Dicha mía es también que, mírese por donde plazca la Historia del Caballero, ahora se la tenga por una narración sencilla, ingenua y sin objeto disimulado, ahora por una representación simbólica ó de sentido recóndito, en uno y otro caso su acción nace de una misma fuerza, de la fuerza única que, en lo más inescrutable de la mente y en lo más íntimo é invisible del cerebro, desarrolla la anomalía ó perturbación que con el nombre genérico de locura se designa. Por manera, que mis interpretaciones, así pueden ser aceptas á los que, sin andarse en deslindes, se atan estrechamente á la letra del libro, como á los que, creyendo que tal vez la letra mata, mirándola apenas por cima, leen entrerrenglonado en las páginas de esta novela lo que llevan escrito en su magín desvanecido. Hay más: con cuantos análisis se han hecho del *Don Quijote*, y atrévome á decir que con cuantos se hicieren en lo sucesivo, se acomodan y se acomodarán muy bien mis explicaciones, ni desvirtuarán en manera alguna las de aquéllos; porque claro está que no ha de alterar en un ápice la significación recta ó indirecta, ni la razón patente ó encubierta de los acontecimientos, ni la sátira que incluyen los unos, ni la doctrina que

dan los otros, el declarar cómo todos reciben su primer impulso de la locura, su causa eficiente, y á ella siguen y obedecen, por el camino de la verdad científica, en su desarrollo, terminación y resultados.

Venga, pues, conmigo quienquiera, si no lo ha por disgusto, en seguimiento del Andante; y, atendiendo á sus palabras y observando sus acciones, le explicaré por menor, como en visita clínica, el flaco de nuestro querido loco, con tanta claridad, á lo que entiendo, cuanto sea necesaria para conocerle bien, y casi, casi á lo perito.

Por suerte, Don Quijote no es ensimismado, retraído, suspicaz ni taciturno, como los orates lúcidos por la mayor parte, antes comunicativo, sociable, franco y hablantín: cualidades que facilitarán nuestros exámenes y juicios, pues con ellas vendrá á pintarse á sí mismo, según la frase corriente. Y ya veremos cómo apenas hay síntoma intelectual ni sensorio de la forma específica de su delirio, que él no tenga; ni afecto ni pasión de las que suelen engendrar las aberraciones de la sensibilidad peculiares del padecimiento; ni carácter accidental de los que, aun siendo tales, raras veces le faltan, por manera que acaban de distinguirlo y determinarlos. En admiración nos pondrán á menudo los raciocinios del loco por la derechura con que proceden; de suerte que, si al fin de ellos encontramos errores ó disparates, no podremos achacarlo á ser ilegítimas las consecuencias, sino deducidas de premisas falsas; al modo de quien llega adonde no debiera ni quisiera, no por haber seguido un mal atajo, sino equivocado el punto de partida. Más todavía nos sorprenderá la extraña mezcla de insensatez y juicio que, casi á un mismo tiempo, se descubrirá en sus actos, tan rematada la una como recto el otro, en términos de granjearle la deplorable, al par que lisonjera, opinión de loco de atar entre los más cuerdos, y de cuerdo discretísimo sobre todos los locos. Veremos también una muy her-

mosa faz de su locura, á saber, la incolumidad ó subsistencia del carácter moral del paciente, de su fe religiosa, sentimientos, educación é instrucción; los cuales resplandecen ¡oh maravilla! en las tinieblas del delirio, como destellos de la razón, que, en medio de la tempestad del entendimiento, queda encubierta repetidas veces por los nubarrones del error, pero jamás se apaga; que tampoco deja de arder jamás en el tabernáculo de nuestro organismo viviente la sagrada luz del alma.

¡Pobre loco! que no se exime de la dura ley que sobre todos ellos pesa, y su vida es un doble combate con sus afecciones internas, que le desasosiegan y avasallan mal su grado, y con las realidades del mundo externo, que, si le comprende, no le respeta ni compadece, y con desengaños, injurias y atropellos, humillantes y crueles acaso, paga la generosidad de sus sentimientos y la alteza de sus servicios. ¡Pobre loco! vuelvo á decir, que se derrumbó en la honda sima de la mayor desgracia, no por correr, como otros, desenfrenado y ciego tras los desvanecimientos y placeres con que engaña el mundo, sino que vino á él en una época que lo consumía y devastaba un implacable contagio; y ¡víctima inocente! lo contrajo; y en su persona se cebó con tanta saña la pestilencia, que en ninguna hizo más estrago, y ninguna, como ella, ha quedado por ejemplar del mal reinante.

En fin, otras particularidades haré notar al que viniere conmigo en pos del Andante, por las cuales vea claro que si loco ha habido nunca, bien caracterizado en el concepto clínico; que, entre los mayores arranques de insania, ofreciese los más esplendorosos rasgos de cordura; loco noble, loco magnánimo, loco cortés, loco valiente, loco entendido, loco gracioso, loco simpático, pero también maltratado y escarnecido, y hecho blanco de los tiros de la malignidad é ingratitud; cifra, al cabo, del desatino y discreción, grandeza y

pequeñez, felicidad y desgracia que constituyen el heterogéneo patrimonio de la humanidad; ese loco es Don Quijote.

Confío llevar el convencimiento al ánimo de mi acompañante; y, por si no fuere médico, dilucidaré, en el mejor modo que se me alcance, los puntos de doctrina médico-psicológica, á que respectivamente hagan relación los fenómenos mentales que en el Caballero iremos observando, para que conozca la conformidad, algunas veces pasmosa, que éstos con aquéllos guardan. No se aturda, como es de temer, antes de tiempo y sin motivo; que, sobre irme á la mano en la exposición didáctica para que no peque de difusa, usaré los menos vocablos técnicos que fuere posible, y siempre los de inteligencia más fácil, pues, aunque la voz pública nos moteje á los médicos de grecizar á pelo y á redopelo, —si bien por algo se ha de traslucir nuestro abolengo asclepiadeo, —yo tengo costumbre de no decir jamás en términos exóticos y oscuros lo que puedo en romance paladino. Fuera de esto, para que no le quede duda de que con las nociones teóricas concuerdan también los hechos prácticos, ni de que los hay ahora mismo, de que ocurren en nuestro tiempo aberraciones mentales que tienen mucha semejanza ó analogía con las de Don Quijote, por donde se eche de ver con cuánta discreción lo fingido siguió las pisadas de lo verdadero; le daré noticias sucintas de casos clínicos ó historias de orates observados ó asistidos por mí en el ejercicio particular ó privado de mi profesión, y principalmente en el oficial y público de mi Manicomio.

Por esta expresión no se entienda que el establecimiento en que estoy sirviendo sea de propiedad mía, como otros lo son de los profesores á cuyo cargo corre su gobierno y administración conjuntamente, y por esto se apellidan particulares ó privados; no, que, al decir yo *mi manicomio*, quiero sólo significar mi devoción